

ha creído y publicado en todos los siglos con respecto a las operaciones del demonio son fábulas, los insensatos de que hablamos no serían menos culpables, puesto que ellos han tenido realmente la voluntad y la intención de tener directa ó indirectamente comercio con el espíritu impuro. Serían pues siempre justas las leyes y las censuras de la Iglesia; son absolutamente necesarias para preservar á los pueblos de cualquier confianza en las prácticas supersticiosas, porque por último el pueblo es incapaz de desengañarse de sus errores con las teorías filosóficas; y aun cuando se hallasen en estado de comprender algo, los filósofos no se tomarían el trabajo de instruirlos.

2º ¿Se hallan estos sabios disertadores en estado de demostrar con pruebas positivas, la falsedad de todo lo que se ha dicho sobre este asunto por los escritores sagrados, por los antiguos filósofos, por los PP. de la Iglesia, por viajeros que se dan por testigos oculares de lo que refieren? Es fácil decir, *esto no es cierto, esto es imposible*; ¿mas dónde está la demostración? Los testimonios positivos son una prueba, mas la ignorancia incrédula no lo es.

3º No son las leyes de la Iglesia ni las opiniones de los teólogos las que han persuadido á los caribes de la América, á los indios, á los negros de la Guinea, ni á los lapones, que están en comercio con los duendes, ni que les enseñan á practicar la magia; este arte infernal es mas antiguo que el cristianismo, y lo ha extirpado nuestra religión, ó al menos lo ha hecho rarísimo en todas las partes donde está establecida. V. DEMONIO, MAGIA.

#### Pacto social. V. SOCIEDAD.

**Padecimiento.** No nos corresponde examinar el valor de los argumentos, ó mas bien de los sofismas con que los estoicos pretendían probar que el dolor y los *padecimientos* no son un mal; muchos moralistas han demostrado la poca solidez de esto. Las pomposas máximas del estoicismo han podido causar impresion sobre algunas almas fuertes, inspirarles un nuevo grado de constancia, evitar que se entreguen á los lamentos y á la desesperacion cuando padecian; algunos filósofos en las mismas circunstancias han podido afectar por orgullo un viso de insensibilidad; pero una prueba de que estos hombres vanos no consideraban los *padecimientos* como un bien, es que muchos han tratado de evitarlos suicidándose.

Solo á Dios, revestido de las debilidades de la humanidad, correspondía hacer ver,

aun á la generalidad de los hombres, los *padecimientos* como una expiacion del pecado, como un medio de purificar la virtud y de merecer una eterna recompensa; por consiguiendo como un beneficio de la Providencia: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados; bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.* Estas máximas de Jesucristo, sostenidas con su ejemplo, han hecho á millares de hombres capaces, no solamente de padecer sin debilidad ni ostentacion, sino de desear los *padecimientos*, buscarlos, disfrutar en ellos alegría, y dar gracias á Dios por esto.

Que los epicúreos, que no conocían otro bien que el placer de los sentidos, se hayan escandalizado de esta conducta, que miran como un fanatismo y una locura, no es de admirar. «El hombre animal, dice S. Pablo, no comprende nada que venga del espíritu de Dios, lo considera como una locura.» *I Cor., 2, 14.* Los pretendidos filósofos, que no saben disfrutar otra felicidad que la de los animales, no deben mirar los *padecimientos* sino con horror.

Cuando Jesucristo apareció sobre la tierra, el epicureísmo práctico habia infestado todas las naciones: las aflicciones les parecían un efecto de la ira del Cielo y una señal de reprobacion, esta era la opinion general. Uno de los argumentos que los filósofos han empleado mas comunmente contra el cristianismo, fué sostener que si esta religion fuera agradable á Dios, no permitiría que fuesen atormentados y muriesen los que la abrazaban. Celso y Juliano han repetido diez veces esta objecion.

La cuestion era, pues, entonces, como lo es aun en el dia, saber si un Dios sabio y bueno debia reunir la felicidad á la paciencia mas bien que á la debilidad, á la virtud mas bien que al vicio. Porque, en fin, puesto que la virtud es la fortaleza del alma, si nada tuviéramos que sufrir en este mundo, la virtud no nos seria necesaria, los filósofos moralistas hubieran faltado á la verdad contando la fortaleza entre el número de las virtudes. La cuestion es tambien saber si el que mira los *padecimientos* como efecto de una ciega fatalidad está mejor dispuesto á sobrellevarlos con valor, que el que cree que vienen de Dios, y que sufriendolos con paciencia, puede merecer una eterna bienaventuranza. Aquí puede apelarse á la experiencia. Como la obstinacion de los epicúreos no les pone á cubierto de los *padecimientos*, cuando se encuentran acometidos por el dolor, convienen

en que la religion es un manantial mas inagotable que la filosofia.

Pero cuando no padecen, arguyen. Los *padecimientos*, dicen, no pueden ser un castigo del pecado, puesto que pesan sobre todos los hombres, y los mas culpables no son siempre los que mas sufren. Es indigno de un Dios bueno afligir á sus criaturas; un padre no puede alegrarse viendo padecer á sus hijos; los *padecimientos* en ningun sentido pueden ser un beneficio.

Todas estas máximas epicúreas son evidentemente falsas. Puesto que todos sean condenados á sufrir mas ó menos; como los *padecimientos* sirven tambien para purificar la virtud y hacerla digna de una recompensa, los hombres virtuosos que padecen mas que los otros tienen una esperanza bien fundada de ser premiados mas abundantemente en la otra vida: es, pues, falso que respecto á ellos las aflicciones no sean un beneficio. Un padre no queria, sin duda, ver padecer á sus hijos sin utilidad alguna, pero ciertamente se felicitaria, si supiese que por su constancia habian de llegar al mas alto grado de gloria y de felicidad; si fuese cristiano, imitaria en este momento el ejemplo de la madre de los Macabeos.

Puesto que está probado por una constante experiencia que la prosperidad y el placer son un origen infalible de corrupcion y un escollo cierto para la virtud, los *padecimientos* por el contrario son un preservativo y un remedio contra el vicio; los antiguos filósofos le comprendieron así, y establecieron esta verdad con sus máximas. V. AFLICCIÓN. Pero está infinitamente mejor demostrada por el ejemplo de los santos formados en la escuela de Jesucristo.

Sea, dicen aun nuestros razonadores; cuando esto fuera cierto respecto de las aflicciones que experimentamos á pesar nuestro, ¿dónde está la necesidad de añadir *padecimientos* voluntarios, maceraciones insensatas, austeridades excesivas que no pueden conducir sino á destruirnos? En esto los incrédulos no son sino el eco de los protestantes; hemos refutado á los unos y á los otros en el artículo MORTIFICACION. Unicamente añadiremos que el exceso en nada es laudable, y que si en el género de que hablamos le hubo alguna vez, la Iglesia no lo ha aprobado. V. FLAGELANTES.

#### PADECIMIENTOS DE JESUCRISTO. Véase PASION.

**Padre.** En la Sagrada Escritura y en el lenguaje de todos los antiguos pueblos, este nombre no designa solamente aquel de quien se

ha recibido la vida, significa tambien *maestro, señor, doctor, protector, bienhechor*; algunas veces señala al abuelo, al bisabuelo, el tronco de una familia, por distante que sea; así Abraham es llamado el *padre* de muchas naciones; otras veces significa el ejemplo y modelo, y en este sentido Abraham es el *padre* de los creyentes. Se ha dado este nombre á los reyes, á los magistrados, á los superiores; tambien significa los ancianos, *scribo vobis, patres*, 1º *Joan.*, II, 13. Denota tambien el autor, el inventor de alguna cosa; así Jubal es llamado el *padre* de los instrumentistas, y Satanás el *padre* de la mentira.

La energía de esta palabra es una consecuencia evidente de las antiguas costumbres. En la infancia de los siglos, cuando no habia mas sociedad que la de las familias, un *padre* era el soberano, el único señor de sus hijos y de sus criados; su autoridad no estaba limitada por ninguna ley civil, mas lo estaba por la ley natural, cuyo autor es Dios, por los sentimientos de ternura que la naturaleza inspira al padre hácia sus hijos, y por el interes que tenia en conservarlos, por la esperanza de los servicios que despues sacaria de ellos, y el reconocimiento que experimentaria por su parte.

Así el nombre de *Padre* dado á Dios contiene no solo la noción de Criador de autor de la vida, de soberano señor de los hombres, sino tambien la idea de bienhechor, de atento protector de sus necesidades y ocupado en proveerlas. Inspira á la vez obediencia, reconocimiento, confianza, amor, y por consiguiendo el culto mas puro; por esto nos ha mandado Jesucristo llamar á Dios *nuestro Padre*. Entre los paganos que habian multiplicado los dioses, estaba degradado este nombre; la pluralidad ocasionaba en la religion el mismo desórden que hubiera reinado en una familia, si en vez de un solo señor hubiese habido muchos.

Como los doctores judíos se atribuían por orgullo el nombre de *padre*, Jesucristo dijo á sus discípulos: «No llameis á nadie en la tierra vuestro *padre*; no teneis mas que uno que está en los cielos.» *Mat.*, xxiii, 9. Esto no ha impedido á los fieles el dar por respeto el nombre de *padre* á sus pastores: antiguamente los obispos no tenían mas título de honor que el de *reverendo padre en Dios*.

Los incrédulos de nuestros dias se han dedicado á degradar y á minar por los cimientos el poder paternal; han sostenido que el poder paternal no proviene de la naturaleza sino de una especie de contrato que no dura mas que el tiempo que los hijos lo necesitan,

y que estos se libentan de él luego que son capaces de conducirse, etc. Hemos refutado esta impía y mortífera moral en la palabra AUTORIDAD CONYUGAL Y PATERNAL.

PADRE ETERNO, DIOS PADRE. V. TRINIDAD.

PADRE NUESTRO. V. ORACION DOMINICAL.

PADRES DE LA IGLESIA. Se llaman así los autores cristianos, ya griegos, ya latinos, que trataron materias de religion durante los seis primeros siglos de la Iglesia; los que han vivido despues del sétimo son llamados simplemente *escritores eclesiásticos*.

Gran cuestion se suscita entre los católicos y protestantes, sobre la deferencia que debemos tener hácia el sentir de los *Padres de la Iglesia*. Como, segun la creencia de los primeros, no ha querido Dios que la verdadera doctrina de Jesucristo y de los apóstoles nos sea transmitida por solo la Escritura sin el auxilio de la tradicion, tienen el mayor respeto á los doctores que en cada siglo han sido encargados de enseñar esta doctrina á los fieles; los tienen como testimonios no sospechosos de lo que siempre ha sido creído y profesado en la Iglesia de Jesucristo. Al contrario, los protestantes que sostienen que en materia de fe no debemos tener otra guia mas que el texto de los libros santos, se han creído interesados en desacreditar todo lo que han podido á los depositarios de la tradicion; así nada han perdonado para deprimir y desacreditar á los *Padres de la Iglesia*; han censurado sus talentos, su conducta, su doctrina, ya en materia de dogma ó de moral. Empezando por los centuriadores de Magdeburgo, sus mas célebres escritores, Scultet, Daillé, Le Clerc, Basnage, Beausobre, Mosheim, Brucker, Whitby, etc., se han ejercitado en este asunto, y han descubierto toda su malignidad; y han tenido la satisfaccion de ver todos sus argumentos fielmente repetidos por los incrédulos.

Antes de entrar en ningun pormenor, es importante exponer en qué consiste la autoridad que atribuimos á los *Padres de la Iglesia*; esto es tanto mas necesario cuanto que nunca han querido concebirlo, y siempre se obstinan en desfigurar nuestra conducta sobre este punto.

En materias de dogma ó de moral, el sentir de algunos *Padres*, en corto número, no hace regla; no hay obligacion de seguirlo, y nunca un católico está sujeto á él. Mas cuando este sentir es unánime, ó al menos sostenido por el mayor número de los *Padres*, no solo durante algun tiempo, sino durante muchos siglos, no solo en un punto de la cristiandad,

sino en las iglesias mas apartadas unas de otras, entonces este sentir constituye la tradicion, y es tenido como creencia comun de la Iglesia universal; por consiguiente dogma de fe. Así lo ha entendido el concilio de Trento, cuando ha prohibido dar á la Sagrada Escritura un sentido contrario al *unánime consentimiento de los Padres*, ses. 4. Ya habia dado el mismo decreto en 691 el concilio *in Trullo*. Esta es la regla que prescribia en el siglo V Vicente Lirinense, cuando tenia por tradicion lo que se ha creído en todas partes, siempre, y por todos los fieles, *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est*; Commonit., c. 2. Antes de él San Agustín tenia como irrefragable el consentimiento unánime de los doctores de la Iglesia. *Op. imperf. contra Jul. l. 4, n. 112*. En este sentir establecia Tertuliano en el siglo III la prescripcion contra los herejes; no hacia mas que seguir lo que habia enseñado en el siglo II S. Ireneo relativo á la necesidad de seguir la tradicion, *adv. Hær., l. 3, c. 3, n. 1*, etc. Y ya podemos señalar el gérmen de esta creencia en las exhortaciones que S. Ignacio hacia á los fieles en todas sus cartas, de ser dociles, y obedientes á sus pastores. V. TRADICION.

En efecto, el mayor número de los doctores de la Iglesia han sido obispos ó presbíteros que estaban encargados de enseñar; por su órgano es por el que los fieles de todos los lugares han recibido la doctrina cristiana y la inteligencia de las santas Escrituras; es pues imposible que la doctrina de los pastores no haya sido la de las Iglesias á que presidian. Puesto que desde el principio se ha creído que no era lícito á nadie seguir ni enseñar un dogma nuevo, aislado, diferente de la comun creencia, ¿es posible que los doctores que enseñaban en el Egipto y en la Palestina, en el Asia menor y en la Grecia, en Italia y en las costas del Africa, en España y en las Galias, hayan profesado, como de concierto y por un complot, una fe contraria á la verdadera doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, ya escrita, ya transmitida de viva voz? Así lo pretenden los protestantes; mas es palpable lo absurdo de esta suposicion.

No cesan de repetirnos que entregándonos á los *Padres* y á los doctores de la Iglesia cuando profesan la misma doctrina, no descansamos mas que en la palabra de los hombres, en una autoridad y en un juicio humano; que esta no es mas que una fe puramente humana; este cargo es falso á todas luces, puesto que los mismos *Padres* han hecho profesion de no seguir sus propias luces ni su propio jui-

cio, sino la doctrina de Jesucristo y de los apóstoles, transmitida sucesivamente de siglo en siglo por la tradicion ó por la enseñanza comun, constante y uniforme de las Iglesias cristianas y de sus pastores. Entre los protestantes, como entre nosotros, el mayor número de simples fieles es incapaz de leer y entender la Sagrada Escritura; mas dicen que entre ellos la fe del pueblo es divina, porque sus pastores fundan sus lecciones únicamente en la Sagrada Escritura; confunden de este modo la palabra de sus pastores con esta misma Escritura. Despues, por una manifiesta contradiccion, niegan que los simples fieles católicos tengan una fe divina, aunque esté fundada en la divina mision de sus pastores, en la conformidad de su creencia con la de la Iglesia universal, en la imposibilidad que ha habido siempre de mudar en esta Iglesia la doctrina que los apóstoles habian predicado.

En una palabra, los *Padres* siempre han creído y protestado que no les era permitido mudar nada de la doctrina establecida por los apóstoles, ora escrita, ora no escrita, pero siempre conservada, y transmitida por tradicion en la Iglesia; que cualquier nuevo sentir, aislado, no oído anteriormente, no pudiendo corresponder á la fe cristiana, era erróneo ó sospechoso; luego es imposible que un gran número de estos *Padres* hayan introducido de concierto por casualidad un sentimiento de esta clase, se hayan unido en diversos lugares y diferentes tiempos para enseñar un error.

Lo han hecho, dicen los protestantes, luego lo han podido hacer. Estos grandes críticos han revuelto para probarlo todos los escritos de los *Padres*; han reunido todas las palabras, todas las expresiones que les han parecido susceptibles de un sentido erróneo; todo lo que pudo escaparse á estos santos doctores en una instruccion dada de repente ó en el calor de la disputa, todas las consecuencias que bien ó mal han podido deducir; muchas veces estos censores temerarios no han tenido escrúpulo en alterar ó truncar los pasajes; despues han concluido victoriosamente que en general los *Padres* han sido malos teólogos, malos moralistas y malos razonadores; que sus obras están llenas de errores, que su parecer no merece ninguna atencion.

Salta á la vista la injusticia de este proceder. 1º No basta manifestar que tal *Padre de la Iglesia* ha enseñado una opinion falsa, que otro *Padre* ha sostenido otra que no es mas verdadera; que ninguno de los *Padres* está

absolutamente libre de tacha y de defecto; lo esencial era el probar que un gran número de estos doctores han convenido en establecer el mismo error, ya en el mismo tiempo y lugar, ya en diversos tiempos y diferentes lugares; que lo han sostenido dogmáticamente como una verdad de fe, y que así lo han introducido en la creencia comun de la Iglesia. Porque, por último, si solo dos ó tres *Padres* han pensado lo mismo, si no han propuesto su dictamen mas que como una simple opinion que se podia admitir ó desechar sin consecuencia, si su parecer no ha sido comunmente seguido, ¿qué importa que se les desprecie? ¿qué ventaja puede sacarse de esto?

2º Maltratando de este modo á los *Padres de la Iglesia*, han enseñado los protestantes á los incrédulos á no respetar mucho á los escritores sagrados; y ha sido necesario que estos censores injustos respondiesen á sus propios argumentos vueltos por los incrédulos contra los autores inspirados. Así es como ha servido á la religion su crítica temeraria: aun han hecho mas; la mayor parte se han dedicado, no solo á justificar á los antiguos filósofos, sino tambien á los herejes, de todos los errores que les han sido imputados; por interpretaciones favorables todo lo han paliado y excusado; su ingeniosa caridad ha brillado sobre todo con respecto á los fundadores de la reforma; han hallado el secreto de convertir sus vicios en virtudes: se levantan contra los teólogos católicos, cuando estos usan de la menor indulgencia con los *Padres*; ¿son estos últimos personajes menos respetables que los herejes?

Mosheim, en particular, ha dado un ejemplo palpable de esta conducta inconsecuente. En sus Notas sobre el *Sistema intelectual de Cudworth*, c. 4, § 36, t. 1, p. 856, se ha propuesto justificar á Platon de un error grosero que le han atribuido los *Padres de la Iglesia* y un gran número de críticos modernos. No puede persuadirse, dice, que un genio tan brillante como el de Platon haya dado en semejante absurdo; quiere que, para entender el sentido de un autor, no nos fiemos de sus comentadores, sino que consultemos sus propios escritos, y que se considere la totalidad de su doctrina; que se examine con atencion la cuestion que trata, que no se tomen literalmente expresiones que muchas veces son figuradas ó metafóricas, etc. Aplaudimos de buena gana la prudencia de estas precauciones, mas preguntamos, ¿por qué el autor no observa ninguna

con respecto á los *Padres de la Iglesia*?

3º Despues de haber declamado tanto contra los *Padres*, sin embargo la vergüenza ó un resto de sinceridad ha arrancado á los protestantes confesiones notables; han dicho que á pesar de todos los defectos que se pueden echar en cara á los *Padres*, sin embargo son escritores muy apreciables por sus talentos, sus virtudes y los servicios que han hecho al cristianismo. Si no es sincero este homenaje, es un rasgo de hipocresía detestable; si lo es, es una retractacion expresa y una refutacion de los cargos que se han hecho á los doctores de la Iglesia. Porque en fin, ¿en qué consistirian sus talentos, si fuese cierto que no han tenido crítica, exactitud, ni fuerza de racionio, ni conocimientos necesarios para refutar sólidamente á los judios, á los paganos y á los herejes? ¿Dónde estarian sus virtudes, si hubiesen obrado contra los malos por un falso celo; si hubiesen escandalizado la Iglesia con su ambicion, con su envidia mutua y con sus disputas? ¿Qué servicios hubieran hecho á la religion, si hubiesen explicado mal la Sagrada Escritura, desenvuelto mal la doctrina cristiana, enseñado mal la moral, y si hubieran contribuido á introducir en el cristianismo todas las supersticiones de los judios y de los paganos? Tales son los cargos de los protestantes contra los *Padres*; ¿y quieren por algunas vagas protestaciones de respeto disminuir su atrocidad?

Mas derecho hay para exigirnos á nosotros las pruebas de la conducta que echamos en cara á nuestros adversarios; preciso es darlas: cuanto mas excesivos é injustos son su odio y su malignidad contra los *Padres*, tanto mas debemos nosotros esforzarnos en justificar á estos santos personajes, que son nuestros maestros en la fe.

Mosheim, en su *Historia eclesiástica*, empieza su introduccion por deplorar los males que han causado á la Iglesia la ignorancia, el fanatismo, el lujo, la ambicion, el falso celo, las animosidades y las disputas de sus cabezas y doctores. Muchas veces, dice, han interpretado las verdades y los preceptos de la religion de un modo conforme á sus sistemas particulares y á sus intereses personales. Han usurpado los derechos del pueblo, y se han arrogado una autoridad absoluta en el gobierno de la Iglesia. No son estos cargos lijeros.

Formando la historia del siglo I, mina la autoridad de los *Padres* apostólicos por las dudas que esparce sobre la autenticidad é integridad de sus obras; considera como su-

puesta la segunda carta de S. Clemente, y la primera como alterada. En cuanto á las siete Epistolas de san Ignacio, duda de la verdad de la que está escrita á san Policarpo, y pretende que la disputa relativa á las otras seis no ha terminado todavía; nunca concluirá para los que tienen interes en prolongarla. No se atreve á decidir si la carta de san Policarpo á los filipenses es verdadera; cree que la de san Bernabé es obra de un judio ignorante y supersticioso, y que el *Pastor de Hérma* es produccion de un visionario. Esto prueba, dice, que el cristianismo no debe sus progresos á los talentos de los que lo han predicado, puesto que ni eran sabios ni elocuentes. Veremos despues si esta reflexion es capaz de hacer mucho honor al cristianismo. Hablando del libro del impio Toland, titulado *Amyntor*, Mosheim habia revelado la temeridad con que este autor sospechaba de la autenticidad de los escritos de que acabamos de hablar; hubiera sido mas conveniente no acordarse de ello, que no caer en el mismo defecto despues de haberlo vituperado. *Vida de Toland*, § 18, pág. 94. Tratando de cada uno de los *Padres* apostólicos, respondemos á lo que se objeta, ya contra su persona, ya contra sus escritos. Le Clerc ha juzgado de esto mas favorablemente.

En el siglo II, sostiene Mosheim que los *Padres* ni fueron sabios, ni juiciosos intérpretes de la Sagrada Escritura, que descuidaron el sentido literal por frivolas alegorias, que violentaron muchas veces las expresiones para apoyar sus sistemas filosóficos. No han tratado, dice, la doctrina cristiana con suficiente exactitud, para poder saber lo que pensaban de ella. Han refutado mal á los judios, porque ignoraban su lengua y su historia, y escribian con una lijereza y negligencia que no podemos excusar. Mejor consiguieron combatir los errores de los paganos que desenvolver la naturaleza y el genio del cristianismo. La mayor parte han carecido de penetracion, de erudicion, de orden, de energia y exactitud; emplean muchas veces fútiles argumentos mas á proposito para deslumbrar la imaginacion, que para convencer el entendimiento. *Hist. ecles.*, siglo II, 2ª parte, capítulo 3. Sin embargo Mosheim, en el capítulo precedente, ha hecho grandes elogios á las obras de san Justino, de san Ireneo, de Atenágoras, de san Teófilo de Antioquia, de Clemente Alejandrino; ha alabado su piedad, su genio, su erudicion, sus vastos conocimientos: ó estos elogios son un lenguaje hipócrita, ó es falso el juicio general que ha hecho de ellos.

Este mismo critico no se atreve á condenar el juicio desventajoso que ha formado Barbeyrac de la moral de los *Padres* de este siglo; confiesa que estos doctores cristianos están llenos de preceptos austerisimos, de máximas estóicas, de nociones vagas, de falsas decisiones. Han alterado, dice, la sencillez de la moral evangélica, distinguiendo los consejos de los preceptos, y suponiendo que hay cristianos que deben ser mas perfectos que los demás.

De lo que se deduce que Barbeyrac no ha obrado mal en pintar á estos *Padres* como malos moralistas. Cuidaremos de sincerarlos de estos cargos.

En el siglo III, ha visto Mosheim el mal todavía mayor. Los doctores cristianos, dice, educados en las escuelas de los retóricos y sofistas, emplearon el arte de los subterfugios y del disimulo para vencer á sus adversarios, y llamaron á este método *económico*; creyeron, como los platónicos, que era licito emplear la mentira para defender la verdad. Mosheim ha insistido principalmente sobre este cargo en su disertacion de *turbata per recentiores platonicos Ecclesiá*. Deberia apoyarlo con pruebas demostrativas; este critico no alega otras mas que los argumentos de Origenes contra Celso, y el método de prescripcion empleado por Tertuliano contra los herejes. Otros han alegado la multitud de libros apócrifos supuestos en este siglo y en el precedente, como si fuese cierto que los *Padres* hayan tenido alguna parte en todas estas imposturas.

¿Eran suficientes estas sospechas para probar una acusacion tan grave? Aun cuando fuese cierto que los argumentos de Origenes contra Celso son falsos, si este Padre los creyó sólidos; aun cuando estuviese demostrado que el método de prescripcion no vale nada, si Tertuliano lo ha creído bueno y legitimo; ¿por qué motivo se puede tachar á estos doctores de disimulo, de fraude y de falta de sinceridad? Si un error en materia de racionio es prueba de mala fe, en este punto queda el mismo Mosheim plenamente convencido. Hemos justificado en otra parte á los *Padres* sobre todos estos puntos. V. ECONOMÍA, FRAUDE PIADOSO, PLATONISMO, PRESCRIPCION, etc.

Nuestro censor acusa á los *Padres* del siglo IV, de haber explicado y defendido los dogmas fundamentales de la doctrina cristiana con una profunda ignorancia y con la mayor confusion de ideas; dice que los partidarios del concilio de Nicea y de la consustancialidad del Verbo, parecia que admi-

tian tres dioses; con mas moderacion habia hablado en sus *Notas sobre Cudworth*, tom. 1, pág. 920. Pretende que, en este siglo, la supersticion y los abusos en el culto fueron llevados al último exceso, que el mal no hizo mas que empeorar en los siglos siguientes; á los *Padres de la Iglesia* es á quienes atribuye la falta, porque, lejos de oponerse á este desórden, lo autorizaron y formentaron por interes personal. Poco mas ó menos en cada siglo repite las mismas invectivas; toda su historia, propiamente hablando, es un libelo infamatorio destinado á denigrar á los doctores y pastores de la Iglesia. Barbeyrac, en su *Tratado de la moral de los Padres*, no ha tenido otro designio, lo mismo que Le Clerc en su *Hist. ecles.*, y en sus demás obras. Brucker, en su *Historia crítica de la filosofía*, afecta por todas partes incensar y copiar á Mosheim; así pasan de mano en mano los cargos que Dailly ha hecho á los *Padres*, en su tratado de *vero Usu Patrum*; mas no honra mucho á los protestantes esta tradicion escandalosa.

1º Si los doctores de la Iglesia hubiesen sido tales como nos los representa en los diferentes siglos, seria necesario convenir en que Jesucristo ha ejecutado mal la promesa hecha á los que enviaba á predicar el Evangelio, de estar con ellos hasta la consumacion de los siglos, de enviarles el Espiritu de verdad, para que siempre permaneciese con ellos, *Mat.*, xxviii, 20; *Joan.*, xiv, 16, puesto que ha permitido que inmediatamente despues de la muerte de los apóstoles ya no fuese dirigida la Iglesia mas que por hombres, sin talentos unos, sin probidad otros, y destituidos absolutamente del espíritu apostólico. Si oimos á san Pablo, Dios es el que ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores para perfeccionar los santos, para edificar el cuerpo de Jesucristo, para establecer la unidad de la fe, etc. *Efes.*, iv, 11. Si en esto creemos á los protestantes, los apóstoles, los profetas, los evangelistas verdaderamente han sido suscitados por Dios para este fin; en cuanto á los pastores y doctores que les han sucedido, lejos de edificar, no han hecho mas que destruir; en vez de establecer la unidad de la fe, dividieron los ánimos con disputas filosóficas; en vez de perfeccionar la obra empezada por los apóstoles, la han degradado y desnaturalizado; y Dios ha tenido por conveniente esperar mil quinientos años antes de poner remedio. Nuestros adversarios nos dispensarán que llevemos con paciencia semejantes impiedades; ni los deistas ni los ateos han dicho